

La Colmena

Pliego (ed. esp.)

LORENA BRIEDIS

DESDE EL PENSAMIENTO DEL CORAZÓN:
UNA APROXIMACIÓN ESTÉTICA AL CORONAVIRUS



REVISTA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

Número 108 ● *Octubre-Diciembre de 2020*

PORTADA: *TULIPÁN* (2020). TÉCNICA MIXTA: ABRAHAM MORALES.

MAQUETACIÓN: Francisca Miranda-Mendoza.

Pliego (ed. esp.), núm. 108, octubre-diciembre de 2020, es una separata de **La Colmena**, que es publicada, distribuida y editada trimestralmente por la Universidad Autónoma del Estado de México a través de su Secretaría de Difusión Cultural. Sor Juana Inés de la Cruz No. 300, col. 5 de Mayo, Toluca, Estado de México, C.P. 50090, Tels.: (722) 277 3835 y 277 3836, <http://lacolmena.uaemex.mx>. Editor responsable: Jorge E. Robles Álvarez. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2000-012811362600-102, ISSN: 1405-6313, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor, Licitud de Título No. 8133 y Licitud de Contenido No. 5763, otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa por Editorial Cigome, S. A. de C. V., vialidad Alfredo del Mazo 1524. Col. Exhacienda La Magdalena, C.P. 50010, tel. 722 237 27 57, Toluca, Méx. Este número se terminó de imprimir en noviembre de 2020 con un tiraje de 120 ejemplares. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Esta obra está sujeta a la licencia Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Frente a la pandemia que nos aqueja, la ciencia ha sido casi unánime en reconocer que se trata de «una enfermedad de la que desconocemos casi todo». Sin embargo, encuentro valioso, incluso, necesario, proponer algunas lecturas en torno al virus a la luz del alma, la sensibilidad y la cultura, donde, sin duda, arraiga la etiología profunda de nuestros males más desconcertantes y de nuestras más insospechadas dolencias.

El primer gesto de esta lectura se fue prefigurando a partir de los testimonios de familiares, amigos y conocidos a los que el decreto ley del confinamiento sorprendió «atrapados» o «fuera de lugar», confrontados, en todo caso, con espacios y situaciones emocionales particularmente exigentes: la vuelta al país de origen y a la casa materna de la que se había huido a los dieciocho años; el reencuentro con la casa conyugal en la que, recientemente, había fallecido la esposa y que el esposo había estado evadiendo con estancias erráticas; la convivencia recobrada con un hijo pequeño que había estado viviendo en otro país con la madre desde el divorcio de la pareja. Esto sin abundar en los casos más comunes y frecuentes de tensas complejidades familiares, rupturas y separaciones, o en los más dolorosos de duelo por la muerte de algún ser querido. En todas o en la mayoría de las situaciones se trata, nuevamente, de escenarios afectivamente espinosos y comprometidos e, incluso, inéditos para algunos.

La segunda vicisitud que agudizó mi atención fue etimológica. El término *corona* que precede al virus proviene del latín clásico y significa «diadema», «guimalda», «anillo de luz». Fue así designado por su morfología de partícula viral rodeada de una estructura de «corona solar», observada a través del microscopio electrónico. Sobre esta significativa afinidad morfológica volveré más adelante. No obstante, a esta primera aproximación etimológica sobrevino una segunda, la llamativa genealogía del lexema «corona» con otra derivación: «coronario» o «coronaria». Hacia los siglos XVI y XVII, «coronaria» era en español el nombre de algunas flores en forma de corona y la palabra para designar cualquier estructura anatómica que envolviese a otra en forma de corona, lo cual, con el tiempo, se fue reservando, casi exclusivamente, a las venas y arterias del corazón. De ahí que hoy, cuando aludimos a una «enfermedad coronaria» nos referimos a una patología de este tipo.

Una tercera sincronía se constató con las ya precedentes: el reencuentro con *El pensamiento del corazón*, de James Hillman, libro que volví a hallar en mi biblioteca durante el confinamiento,

justo en aquella primera gestación intuitiva e incipiente sobre el virus, reforzada por los testimonios afectivos que habían continuado proliferando, así como por las consonancias etimológicas ya mencionadas. Lo cierto es que este tercer hallazgo acabó esclareciendo mi lectura y confiándola a esa intuición que había estado cultivando de que el coronavirus es un virus «coronario» en su doble etimología —solar y cardíaca—, y que, en síntesis, podría tratarse de un virus del corazón, sintomático en tres dimensiones, al menos: interior (cómo nos tratamos a nosotros mismos y cómo nos relacionamos con nuestras emociones); interpersonal (cómo tratamos a los demás, en especial a nuestros seres más cercanos, que no necesariamente son los más queridos), y exterior (cómo nos vinculamos con el mundo).

Es en este sentido —y en el sentido en que apunta el mismo Hillman en su ensayo— que este texto busca ser, si se quiere, un intento de respuesta estética, es decir, de reflexión perceptiva e imaginativa, en torno al coronavirus.

Los tres corazones de Hillman

En *El pensamiento del corazón*, Hillman despliega una suerte de historia corazonal de Occidente, en la que diferencia y contrasta tres tipos de corazón o «conciencias cardíacas» distintas. En primer lugar, nos habla del «corazón del león», el más arcaico y primitivo de los tres, «redondo, pleno, compacto» como el sol. Amarillo como la luz del día y estruendoso como un rugido. Vinculado con el rey, la rojez, el oro y el azufre representa, en síntesis, el reinado animal y la pasión por la vida.

El segundo es el «corazón de Harvey», entendido como esa «máquina de bombear» de la era científica que desplaza al corazón del león y que, por tanto, asiste el tránsito de la imaginación más instintiva a una mecánica. Aquí aparece Darwin con la evolución progresiva que nos aleja del animal «ardiente y amoroso, rebosante de formas imaginativas». Asimismo, ese corazón-rey ancestral es convertido en máquina por el igualitarismo industrial y el progreso tecnológico: «Mi corazón en una pantalla de televisión».

A su vez, Hillman hace ver que es Harvey quien establece la división del corazón y revela el *cor duplex*, corroborando así la idea arquetípica de que el corazón no es simple y que, de hecho, lo que lo caracteriza es su duplicidad. El principal hallazgo de Harvey, según esto, consistió en descubrir que, a pesar de que sus cavidades derecha e izquierda son contiguas, en realidad están alejadas entre sí por un tabique (el interauricular). Ese corazón dividido, sin embargo, es lo que permite la *circulatio*. En esa escisión anatómica, Hillman advierte que «el pensamiento perdió su corazón y el corazón perdió su pensamiento». Así, el ingenuo corazón de león extravió su

fe y su entusiasmo y, lo que sería aún más catastrófico desde el punto de vista vital y psíquico, entre el mundo interior y el exterior se había levantado un muro. El tercer y último corazón es el de san Agustín: el corazón personal y sensible, interioridad que se recrea y se manifiesta a partir de sus *Confesiones*. «Los sentimientos nos permiten conocer este corazón, la confesión nos permite expresarlo». Es el corazón de la devoción y la revelación divina, así como el recinto de la intimidad subjetiva teologizada.

El *anima mundi*

A estos tres corazones que constituyen la evolución de la conciencia cardíaca del ser humano en Occidente, Hillman destaca un cuarto, situado fuera del hombre y que arraiga en la realidad exterior: el *anima mundi*. Con este criterio, Hillman acoge el alma universal del platonismo, la idea del mundo dotado de realidad psíquica. «No sólo animales y plantas (están) dotados de alma —como en la visión romántica—, sino (es) el alma dada con cada cosa, las cosas de la naturaleza dadas por Dios, y las cosas de la calle hechas por el hombre».

Según Hillman, en cuanto a formas expresivas, las cosas hablan, manifiestan la forma en que se encuentran y esa manera de llamar la atención revela un mundo animado. Interioridad, subjetividad, profundidad psíquica: todo eso también está ahí afuera en el mundo. «Cualquier alteración del alma humana —concluye Hillman— produce una alteración en la psique del mundo».

El pensamiento del corazón

Llegados a este punto, conviene precisar a qué se refiere nuestro autor cuando habla del «pensamiento del corazón». Como preludio, Hillman hace alusión al legado filosófico de Henry Corbin, que interioriza y suscribe como el planteamiento teórico fundamental de su ensayo: «que el pensamiento del corazón es el pensamiento de las imágenes, que el corazón es el asiento de la imaginación, que la imaginación es la auténtica voz del corazón».

Ya Corbin había allanado las vías de reflexión en torno a la idea del exilio del corazón y la imaginación cautiva, donde el pensamiento del corazón aparece adulterado por las enfermedades cardíacas del momento (Hillman escribe su ensayo en 1981) y que, a bien ver, siguen siendo plenamente vigentes: el sentimentalismo personalista, la brutalidad de la eficiencia, el engrandecimiento del poder y la simple efusión religiosa.

Apoyado en Corbin, Hillman reafirma que la actividad característica del corazón no es el sentimiento, sino la vista: «Por 'corazón' no entiendo el subjetivismo sentimental que sobrevino

como consecuencia romántica de la pérdida de la *aisthesis*». Así, el corazón no es tanto el lugar de los sentimientos personales como el de la *vera imaginatio*: «Lugar donde lo imaginal presenta a la imaginación la esencia de lo real». Este planteamiento resulta clave para comprender el pensamiento del corazón como respuesta estética frente al mundo. En la antigua filosofía griega y en la psicología bíblica, el corazón era el órgano que estaba conectado con la *aisthesis*, es decir, con la *estética* —que no es otra cosa que la *percepción*— y con el sentido común (*sensus communis*), cuya función era aprehender las imágenes.

El pensamiento del corazón corresponde a un acto de percepción, de activa receptividad y sensibilidad, la cual puede ser entendida como la capacidad de sentir todo lo viviente, de reconocerlo y experimentarlo mediante sus imágenes, es decir, sus formas más singulares y concretas: su estética. Este es el corazón estético de Ficino y de la antigua tradición florentina que busca despertar Hillman. Tal pensamiento del corazón supone, asimismo, una *re-ligación* no sólo con nuestra interioridad, sino con el mundo exterior, una forma de pensarlo y vivirlo, estableciendo una relación religiosa, *religada* con el *anima mundi* que permita, a su vez, un intercambio fluido y vital entre la realidad psíquica interior y la realidad psíquica exterior. En otras palabras, ese pensamiento del corazón es la auténtica emoción, «filosofía del león, la herida y la rosa», circulación salutífera de la sangre de un hemisferio al otro en el corazón dividido de Harvey.

Cordialidad y concordia: dos palabras derivadas de *cor*, la raíz medieval del corazón.

La evolución de los tres corazones de Hillman

Cuarenta años transcurridos desde la publicación del trabajo de Hillman obligan o convocan, de algún modo, a una revisión tanto de los tres corazones como del *anima mundi* a la luz de la transformación que han experimentado en este casi medio siglo de vida y cultura occidental.

A priori, llama la atención la mutación y el recrecimiento de los tres corazones en detrimento, efectivamente, de una relación de concordia y cordialidad del adentro con el afuera, es decir, de nuestro mundo interior con la realidad psíquica y el *anima mundi*.

El corazón de Steve Jobs

Empecemos *in medias res*. «Mi corazón en una pantalla de televisión», había dicho Hillman, allá en 1981, refiriéndose al corazón de Harvey. «Mi corazón en la pantalla del móvil, del celular», podríamos replicarle nosotros desde 2020. El corazón mecánico de Harvey es ahora el táctil e inteligente de Steve Jobs. A ratos, inclusive, la manzana mordida y envenenada de Alan Turing. «La tecnología no es necesariamente el enemigo del corazón —observa Hillman—. El peligro no

procede tanto de los datos irracionales de la tecnología, sino de la manera irracional y anestesiada de concebir esos inventos técnicos como mecanismos carentes de alma». El corazón de Steve Jobs sigue siendo la «máquina de bombear» de Harvey, pero digitalizada. El corazón del *footing*, del *fitness*, el que calcula el número de pasos y los kilómetros que corremos y caminamos, lo que comemos, las calorías que quemamos a diario, el que almacena nuestras constantes vitales (frecuencia cardíaca y respiratoria, temperatura corporal, tensión arterial, horas de sueño): en síntesis, el que vigila y custodia nuestra salud física. Es el corazón atlético, calisténico y *fit*, áureo en sus nuevas proporciones. Un corazón que nunca envejece, sino que, de hecho, rejuvenece, pero que hay que trasplantar cada dos o tres años, que es el tiempo estimado de esperanza de vida de cada teléfono. Y es el corazón tonificado y musculado: los Adonis y las Afrodita herculizadas y exhi-visionados en Instagram y Facebook.

Porque este corazón es, asimismo, el emporio capilar de las venas y arterias de nuestras redes, el espejo de Blancanieves en el que Narciso se mira tal como quiere ser visto, como el más hermoso de todo el reino. Y, de nuevo, es el corazón dividido de Harvey, dissociado entre el mundo subjetivo y el objetivo: el recinto de la hiperconectividad, el corazón aislado o encerrado en sí mismo, el espacio de nuestra intimidad y nuestros secretos más inconfesos y, al mismo tiempo, de las pudicias más públicas e impúdicas. Es un corazón dual, bipolarizado entre lo que dice ser y lo que es, entre sus palabras y sus hechos, entre la ficción que cuenta y su verdad. Aún más, a la luz del planteamiento de Hillman, no piensa o no puede realmente pensar porque allí, en la pantalla del móvil, el *anima mundi* no puede ser sensación afrodítica ni percepción, es decir, no puede ser realidad psíquica, sino estricta y aséptica virtualidad.

El corazón de Steve Jobs también es memoria, sólo que ahora tenemos el corazón en el *icloud* con su galería de imágenes persistentes; con los rostros, números y correos de nuestros contactos; conversaciones acumuladas que normalmente habríamos olvidado y que se insistirá en recordar. O, por el contrario, toda la memoria del corazón está siempre en jaque frente a la fácil y sencilla operación de *delete, delete, delete*. ¿Por qué conservar lo que nos hace daño?

Resulta inevitable preguntarse qué acaba recordando realmente nuestra alma de toda aquella memoria ilimitada de *gigabytes* del corazón de Steve Jobs y qué acaba sobreviviendo a los estragos de todas sus armas de destrucción masiva. Si somos nuestra memoria, quiénes seríamos si sometiéramos nuestro celular a una operación de corazón abierto o si, directamente, nos descorazonaran, des-movilizándonos. ¿Qué quedaría, entonces, reservado a nuestra alma y escritura, por ejemplo, si escribir es volver del olvido?

Pero escribir ya no es tampoco un gesto manuscrito que ejercite el movimiento del corazón y que exprese su grafología. Por el contrario, es un gesto mecánico, grafológicamente tipificado y casi siempre vertiginoso, un poco mutilado. Nos comunicamos más por escrito, aunque extorsionando el lenguaje y la auténtica comunicación. ¿Hasta qué punto el corazón de Steve Jobs no es cada vez más pálido, más atrofiado y analfabeto? «La tecnología se vuelve psicopatológica cuando, al igual que cualquier otro fenómeno, le arrebatan el alma», insiste Hillman. Es decir, cuando la tecnología, como la ciencia, deja de estar a nuestro servicio para estar al servicio del poder. Y, allí, ese corazón de Steve Jobs es también nuestro genoma informático, con las direcciones web, códigos, puertos, *cookies* e historial de visitas que conforman nuestros datos más digitalmente dactilares. ¿Quién acumula estos datos, qué compañías y con qué finalidad? ¿Quién opera y analiza esta suerte de electrocardiogramas, por qué y para qué? ¿Quiénes y cómo le inoculan sus virus a este corazón?

El corazón de Steve Jobs es, sin lugar a duda, el órgano solar en el tráfico de órganos actual. Un corazón que la síntesis de tecnología y poder han desalmado, haciéndolo, en muchos casos, coronario y viral.

El corazón de las Kardashian

Al hilo de esta frecuencia cardíaca, Hillman llama la atención sobre lo que denomina el «fanatismo de la confesión». El corazón de san Agustín ya desacralizado ha sido desplazado en nuestra actualidad más contemporánea por el de las Kardashian, símbolos mediáticos en quienes bien podría reconocerse el exhibicionismo confesional de las redes sociales, las cuentas personales de Facebook e Instagram, así como los canales de *youtubers* e *influencers*. De la introspección agustiniana a la extroversión de la cultura de masas.

Aún más, ese mismo fanatismo confesional es el que, en mi sentir y en líneas generales, ha aupado y sobrevalorado cierta narrativa de no ficción en demérito de la mejor ficción literaria. En una entrevista, la premio nobel Olga Tokarczuk comparte la siguiente inquietud: «A menudo me hacen esta pregunta incrédula: “¿Es verdad lo que escribiste?”. Y cada vez siento que esta pregunta es un presagio del final de la literatura».

Es el caso de cierta literatura autobiográfica y de las narrativas del yo, sobrecargadas de amarillismo sentimental, nudismo pornográfico y un planteamiento innecesariamente kamikaze de la verdad, que busca el sensacionalismo, espectacularizado por la pantalla de ese otro corazón tecnológico de Steve Jobs. Sorprende allí, por cierto, el contraste del puritanismo del cuerpo frente a la bulimia del corazón, incapaz de metabolizar sus propias emociones y contenerse.

Todo esto, tal y como hace notar Hillman, plantea un problema retórico y ontológico que se refleja y refracta en un lenguaje sentimental y abstracto que viene a sustituir uno imaginal y concreto. Esto se verifica muy bien en esa proclividad general que tienen los alumnos, sobre todo, los de iniciación en los talleres de escritura (que yo misma reconozco haber padecido, entonces). Alguien decía que lo que toca el yo, lo marchita. Así aparece muchas veces la realidad psíquica, el *anima mundi* y la propia escritura: marchitadas por las efusiones de un interiorismo *kitsch* y melodramático. Por esa egocéntrica y abusiva colonización que hace el yo de todo lo que le rodea. El mundo exterior desaparece o se inanimiza porque lo único que ha dejado en pie nuestro solipsismo es mundo interior exteriorizado. Toda la realidad vuelta, de pronto, un *reality*. Nuestro *reality*.

Cuando dejamos de proyectarnos en el mundo, el mundo reaparece tal y como es y se ilumina. Toda creación auténtica es un acto de iluminación y alumbramiento, a partir del cual lo alumbrado y lo iluminado se vuelve asombroso, incluso para nosotros mismos, porque es una nueva vida en sí misma que se convierte en un acontecimiento estético, epifanía y noticia (*notitia*: apreciación y conciencia de las cosas). De ahí que Hillman oponga la confesión agustiniana al relato que defendía Corbin como necesaria transmutación que va del mero sentimiento a la imagen. En este sentido, la supervivencia de la literatura parece más duradera en su calidad de *confección* literaria —y no sólo de *confesión*—, de otredad y correlato objetivo en contraposición al exhibicionismo, el narcisismo y el subjetivismo abstracto.

El pensamiento del corazón que refiere Hillman es extrapolable, como vemos, a la literatura, pero, en realidad, señala una forma de estar en el mundo y habitarlo a partir de una respuesta estética y creativa que no ocurre hasta que nos animamos a salir de nosotros mismos, de nuestros laberintos de espejos, es decir, hasta que no estamos dispuestos a ser otros y abrirnos a la experiencia afrodítica del mundo y sus imágenes: gesto fundamental hacia la compasión y, por tanto, hacia ese reconocimiento de la otredad y del mundo. Y hacia la imaginación: «El sentimiento subjetivo mantiene cautiva la imaginación. La confesión reduce la experiencia a mi experiencia». Toda la realidad secuestrada por la telerrealidad infidencial del corazón Kardashian.

El corazón del dragón y su relación con el *anima mundi*

Decíamos, al inicio, que la designación del virus con el lexema *corona* que lo prefixa expresa su afinidad morfológica con la «corona solar». Ya señalaba Hillman que, justamente, el corazón del león es amarillo como la luz del día y el sol. Y es este sol más animal e instintivo el que,

de nuevo, busca despertar Hillman como forma de reestablecer una relación estética, enérgica, noble y vital con el *anima mundi*, debilitada por el corazón mecánico de Harvey y el subjetivo de san Agustín: «El *anima mundi* no es percibida si el órgano de esa percepción permanece inconsciente, siendo concebido sólo como una bomba física o como una habitación personal de sentimientos». De ahí que las luces que arrojan las raíces etimológicas de la palabra 'coronavirus' verifiquen esa doble patología *solar* y *cardíaca* de la enfermedad, justo en la imagen en la que Hillman sintetiza el sol y el corazón, es decir, en el corazón del león. Y, de nuevo, resulta poderosamente ilustrativo cómo, de los tres corazones que expone, éste es el único que, originalmente, está en estrecha relación de reconocimiento y respeto con el mundo.

Si bien, en esta aproximación estética al coronavirus hemos podido advertir cómo la enfermedad comprende una dimensión «coronaria» en cuanto a cardíaca, manifiesta en el corazón de Steve Jobs y en el de las Kardashian como expresiones de la cultura tecnológica y de masas, respectivamente, es, sin lugar a duda, en el corazón solar del león donde se cumplen a cabalidad las dos dimensiones etimológicas de la patología. De nuevo, lo coronario del virus como *solar* y *cardíaco*.

Lo más significativo, sin embargo, es la mutación que ha dramatizado el león como rey magnánimo, ahora patologizado, nada menos que en la figura del dragón o, incluso, en el murciélago (preservando, pasmosamente, la misma genealogía faúlica y heráldica). El corazón de león transformado en el del dragón y del murciélago: es decir, en el del imperialismo chino y en el del virus chino, imagen del fenómeno pandemizado de ambas enfermedades.

«Estamos enfermos del corazón porque estamos enfermos en las cosas». Gracias a la enfermedad —continúa Hillman—, a este «fantasma resucitado en la materia», volvemos a ser conscientes del *anima mundi*. Así, continúa el autor: «Las cosas están fabricadas con cosas venenosas e inflamables, acabadas en moldes idénticos, rematadas por dentro toscamente, a toda prisa y sin el menor cuidado, prescindiendo de la mano del hombre. No pueden desgastarse ni envejecer. Vendidas por voceadores en los recintos de esclavos del mercado, compitiendo sólo en precio pero no en dignidad o belleza intrínseca, llevan el sufrimiento escrito en el rostro, semejantes a figuras del Infierno, permiten ver las heridas infligidas por el materialismo a cuya imagen han sido creadas, sin *epistrophé*, sin forma de regresar a los dioses».

Basta con dar un paseo un domingo por El Rastro, el mercado de antigüedades de Madrid desde 1740, comercio de *baratillos* (objetos de segunda mano), entre los que empiezan a proliferar cada vez más las baratijas: objetos, *cachivaches* y textiles de baja manufactura. Un mercado de antigüedades que empieza a chinificarse con pacotilla y bisutería, en suma, con objetos

sin alma, nada menos que la basura de nuestro tiempo; el imperialismo y el materialismo como otra cara de este virus del corazón: el virus chino.

Desde el punto de vista sintomático, resulta intrigante cómo una de las principales afectaciones del virus compromete las vías respiratorias, lo que supone la obstaculización de la *inspiración*: una de las actividades de interiorización del mundo, según Hillman. Del mismo modo, otra de sus manifestaciones sintomáticas es la suspensión del gusto y el olfato. También esto es revelador porque, en primer lugar, los sentidos son, por definición, los mecanismos más instintivos del ser humano. De hecho, Hillman alude al olfato como el sentido más «sulfúreo y animal». Y, en segundo lugar, porque, de todos los sentidos, el olfato, quizá, sea el más afrodítico, o sea, el más asociado a Afrodita y a la rosa, su símbolo: «Alábame en mis cinco sentidos, que están escritos en la rosa».

Dicen que los dioses vuelven en las enfermedades. Cuando Hillman alude a la maldad y la fealdad se refiere, nada menos, que al corazón anestesiado, incapaz de conmovirse, tan blanco que hace que perdamos nuestros reflejos estéticos. Por tanto, concluye lo siguiente: «Nuestra salvación está en Afrodita, y nuestra forma de descubrirla está en la enfermedad de su ausencia». Afrodita como alma del mundo, diosa a la que le fue asignado el mundo visible (y no sólo el sensualismo sexual, tal y como se la ha patologizado).

Insisto, de los tres corazones es éste, el del león, transfigurado en dragón y murciélago, el que nos confronta con esa tercera dimensión exterior del virus que aludíamos al inicio: la pregunta de cómo tratamos y nos relacionamos con el mundo. Basta recordar, a vuelo de gorrion, las catástrofes naturales del último año con los estragos torrenciales de la gota fría en España y las imágenes ecológicamente descorazonadoras de los incendios forestales en Australia y el Amazonas. Los tres casos son, sin duda, sintomáticos de la forma que tiene este virus y de su manifestación en el mundo (ambos fenómenos, por cierto, vinculados con la figura del león en el antiguo Egipto).

«El mundo es ahora objeto de un enorme sufrimiento y presenta una serie de síntomas graves y llamativos, por medio de los cuales se defiende del colapso». No deja de ponerme los pelos de punta la voz profética de Hillman hace cuarenta años: «Ahora encontramos la patología en la psique de la política y de la medicina, en el lenguaje y en el diseño, en los alimentos que comemos. La enfermedad está ahora ahí fuera». Un sufrimiento y una patología que ha sido nuestro crimen al crear dos realidades psíquicas radicalmente disociadas, infectadas por dos enfermedades que ya apuntaba en su ensayo de 1981: el sentimentalismo personalista y el

engrandecimiento del poder. Hillman es taxativo y concluyente al respecto: «No podemos vacunar el alma individual, ni aislarla contra las enfermedades del alma del mundo».

El desierto de la cuarentena

Esta valiosa sintaxis de constelaciones cada vez más evidentes no podría sustraerse, desde el punto de vista de la crítica cultural, a la sincronicidad del inicio de la cuarentena —o del confinamiento, como prefieren llamarlo algunos— con la cuaresma cristiana.

Desde esta perspectiva, la cuaresma fue la prueba que pasó Jesucristo durante cuarenta días en el desierto de Judea antes de cumplir con su misión pública. En un sentido bíblico más amplio, la cuaresma simboliza los cuarenta días que duró el diluvio universal, los cuarenta años del éxodo del pueblo israelita por el desierto, así como las cuarenta décadas que duró la esclavitud de los hebreos en Egipto. Es fundamental subrayar que, para el cristianismo, no se trata, en absoluto, de un tiempo de oscuridad o tristeza, sino de penitencia, reflexión e iluminación interna con un fin último: reforzar la fe.

Esta dimensión de la cuaresma resulta clave por su íntima relación con el corazón del león. Nos dice Hillman al respecto: «Una característica fundamental del corazón del león es que cree». Es decir, la cualidad que lo define, irradiándola como el sol en dirección del mundo, es la fe. ¿Pero hacia qué? Esa es una de las preguntas a la que nos confronta el confinamiento en un mundo secularizado y desacralizado —en el sentido más pagano, politeísta y amplio de ambos términos—, y en el que desde hace tiempo padecemos la ausencia de los dioses: esa otra sintomatología del virus del corazón. Refiriéndose a la cuaresma, ha dicho san León, precisamente, que es «un retiro colectivo de cuarenta días para la purificación del corazón».

Arquetípicamente, el desierto es, de hecho, el lugar propicio para la revelación divina, dicho de otro modo: un espacio abierto a la trascendencia. «La sequedad ardiente (del desierto) —apunta Cirlot en su *Diccionario de símbolos*— es el clima por excelencia de la espiritualidad pura y ascética». En efecto, sabemos que el virus es favorable a climas fríos y húmedos, y reticente a la hostilidad desértica y canicular.

En esta misma línea, el desierto comprende una relación emblemática con el león como símbolo solar. Cuenta Hillman que los cachorros de león nacen muertos y que hay que despertarlos con un rugido. «Por eso los leones rugen de semejante manera: para despertar a los jóvenes leones que viven en nuestros corazones. Rugen con pasión sulfúrea al desierto exasperante».

Nos da la impresión de que en la cuarentena el tiempo no pasa, está vencido y lastimado; a menudo sentimos que se ha detenido, como en el desierto. «Si el corazón pensara, se

detendría», escribe Pessoa. Ese es el otro sentido del desierto: la detención no como infarto, sino como reflexión. Por esto mismo se trata de un tiempo latente, de preparación, de gestación poética y *poiesis* pregnante; víspera previa a una posible iluminación y a ese momento de éxtasis en el que, según Heidegger, florece la flor, la mariposa sale de su capullo e inicia su caída la cascada cuando la nieve comienza a derretirse. El desierto viene a ser, por tanto, una metáfora del *potens* poético: ese viaje, esa transformación que experimenta algo que se aleja de su posición como una cosa para convertirse en otra. Pero, además, podemos afirmar que hay poiesis en la hematopoyesis y eritropoyesis (la creación de las células de la sangre y de los glóbulos rojos, respectivamente), lo que revela, nuevamente, que la poesía no sólo hace su epifanía en el *anima mundi*, sino que habita en nuestra sangre, la sustancia que depura, ilumina y hace circular el corazón.

Asimismo, en las cuatro etapas de la alquimia, dentro del *opus magnum*, el desierto se corresponde con la tercera, la citrinitas, previa a la rubedo, es decir, al éxtasis solar, a la iluminación. En este sentido, por oposición a lo que creemos, el desierto es —o puede ser— un tiempo grávido de transfiguración alquímica, poética y mística. En otras palabras, es el tiempo de despertar de una respuesta estética. Todo esto, desde luego, si conseguimos que esa travesía por el desierto que apenas hemos iniciado prospere y fructifique más allá del confinamiento.

Junto al león, nos dice Hillman, vive el santo del desierto, y relata la historia del joven anacoreta quien, adentrándose en él, se encuentra con el viejo sabio y consulta su sapiencia: «¿Qué debo hacer, padre? Las pasiones del corazón me dominan». Al cabo de una larga conversación, el muchacho, por fin, sabe responderse a sí mismo: «En verdad, este es el camino del amor». Cuanto más grande sea nuestro desierto, apunta Hillman, tanto mayor debe ser nuestra cólera, porque esa cólera es amor. «Pero esa ira nos da miedo: no nos atrevemos a rugir». Con esos otros versos expresa Rilke ese temor en su cuarta elegía: *Quién no se ha sentado con miedo / tras el telón de su corazón*.

A tenor de esta reflexión, esta cuarentena, este desierto interpela esas tres dimensiones corazonales y cardíacas que comentábamos al inicio: interior (cómo nos tratamos a nosotros mismos y nos relacionamos con nuestras propias emociones); interpersonal (cómo nos relacionamos y tratamos a los demás), y exterior (cómo tratamos y nos relacionamos con el mundo).

Por eso, afirma Hillman que «los santos no han muerto; viven en las pasiones leoninas del alma», y en el desierto como posibilidad de religación con las divinidades del mundo, como posibilidad de iluminación y despertar. «Si queremos volver a descubrir el corazón sensible —concluye Hillman—, debemos buscar donde menos esperamos su presencia: en el desierto».

Amar a nuestros enemigos

Nos dice el Evangelio de Mateo 5, 43-47: «Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen».

De entre todas las enseñanzas del cristianismo que Jesús de Nazareth encarnó, quizá ésta sea de las más revolucionarias y exigentes. Lamentablemente, la literalización de su palabra por parte de la Iglesia católica a menudo sesga todo el potencial semántico que podría elaborarse a partir de una exégesis más metafórica. En este sentido, amar a los enemigos no es sólo una exigencia —o una invitación, según quiera tomarse— de amor hacia las personas que nos han humillado, dañado o herido. Vista desde una perspectiva más ampliamente psíquica, supone, por una parte, amar las limitaciones que nos impone nuestra propia naturaleza y, amar (acoger, tolerar) aquellas que nos impone el mundo exterior: la naturaleza y los fenómenos del mundo.

«Tal vez los sucesos alcanzan dimensiones e intensidades más catastróficas cuanto menos atención se les presta», observa Hillman. A la luz de esta observación, cómo no volver y rescatar esa humanísima sabiduría que hay en las palabras que Rilke le confía a aquel joven poeta en su carta VIII y que, en la ardua precariedad histórica y espiritual que transitamos, recibimos como un bálsamo sereno y esencial: «Ninguna razón tenemos para recelar y desconfiar del mundo en que vivimos. Si entraña terrores, son nuestros terrores. Si contiene abismos, estos abismos nos pertenecen. Y si en él hay peligros, debemos procurar amarlos. Con tal que cuidemos de ordenar y ajustar nuestra vida conforme a ese principio que nos aconseja atenernos siempre a lo difícil, cuanto ahora nos parece ser lo más extraño acabará por sernos lo más familiar, lo más fiel. ¿Cómo podríamos olvidarnos de aquellos mitos antiguos que presiden el origen de todos los pueblos, esos mitos de los dragones que en el momento supremo se transforman en princesas? Quizá sean todos los dragones de nuestra vida, princesas que sólo esperan vernos alguna vez resplandecientes de belleza y valor. Quizá todo lo terrible no sea, en realidad, nada sino algo indefenso y desvalido, que nos pide auxilio y amparo».

Qué duda cabe de que el consejo de Rilke de atenernos siempre a lo difícil pasa por el recio aprendizaje de amar a nuestros enemigos, eso extraño y amenazante, indefenso y desvalido en el fondo, que requiere nuestra atención. Aquí vuelve Hillman con una de sus insinuaciones más visionarias e iluminadoras: «Ese cataclismo, esa imagen patologizada del mundo destruido está despertando nuevamente nuestra conciencia del alma del mundo. Pues donde hay patología hay psique, y donde hay psique hay eros». O sea, amor. Si nos aproximamos a las dolorosas y difíciles enseñanzas del virus desde el amor, veremos que ellas ponen de manifiesto un mundo indefenso y desvalido, lo que hace que todas sus cosas «vuelvan a ser valiosas, deseables,

incluso dignas de compasión a causa del castigo que el altanero hombre occidental ha infligido a las cosas materiales». La corona solar sólo puede apreciarse desde el eclipse y el murciélago es también un símbolo alquímico relacionado con la creatividad hermafrodítica. Las noches oscuras del alma saben también intuir la luz.

Frente a las voces y las imágenes más apocalípticas, Hillman nos invita a preguntarnos qué mundo está llegando a su fin: «Ojalá que seamos capaces de ver lo que Blake siempre supo: el apocalipsis que mata el alma del mundo no se encuentra al final del tiempo, no va a venir, sino que se está produciendo ahora, y sus jinetes son Newton y Locke, Kant y Descartes». Basta con sustituir cada uno de estos nombres por los jinetes de nuestro apocalipsis más contemporáneo. Prosigue Hillman: «Los movimientos ecologistas, el futurismo, el feminismo, el urbanismo, las acciones de protesta y el desarme, la individuación personal, no pueden, por sí solos, salvar al mundo. Es necesaria una visión cosmológica que salve al fenómeno «mundo». Este retorno nos hace concebir el mundo de otro modo, nos hace respetarlo porque su rostro muestra respeto y consideración hacia nosotros. Nosotros le mostramos nuestro respeto simplemente mirándolo otra vez, *re-spectándolo*: volviéndolo a mirar con los ojos del corazón».

Devolver a la imaginación el sentido instintivo y animal (recordando al león del corazón antes de Harvey y de san Agustín); animar el mundo, celebrar la materia no como materialismo, sino como vitalismo; volver a ser sensibles a los detalles; despertar el pensamiento del corazón con la respuesta estética, con la aisthesis como apreciación y conciencia de las cosas y, en ella, a Afrodita, el alma del mundo, son algunas de las claves visionarias del pensamiento corazonal de *Hill-man* o *Heal-man*, ese hombre de la colina, ese chamán que, quizá, pueda señalar-nos algunos caminos hacia la curación. Esto supone, como él mismo ha expresado, «examinar la cultura con ojos de patólogo». Tal ha sido una de las motivaciones últimas de este escrito.

LORENA BRIEDIS. Profesora de la asignatura de Lenguaje Poético del máster de Narrativa de la Escuela de Escritores de Madrid, España. Es coordinadora de la Asociación Europea de Programas de Escritura Creativa (EACWP por sus siglas en inglés) y en el ámbito de la cooperación europea ha realizado trabajos de seguimiento durante estancias de formación pedagógica en la Scuola Holden de Turín (Italia), junto a Alessandro Baricco; en el Orivesi College of Arts, de la mano del poeta finlandés Risto Ahti; y en la Valand Academy de Gotemburgo (Suecia), junto a Gunnar D Hansson, Jenny Tunedal y Mikael van Reis, entre otros. Por diversas becas que ha obtenido, ha vivido en Duino (Italia), Valmiera (Letonia) y Madrid.



Universidad Autónoma del Estado de México
UAEM